

El relato perfecto: teoría del cuento en Horacio Quiroga

Óscar Alvarado Vega*

Resumen

Este artículo pretende establecer los lineamientos que definen la elaboración del cuento como un género literario, para lo cual se parte de Horacio Quiroga y su teoría del Decálogo en el cual establece los principales preceptos para definir este. No obstante, nuestra lectura se separa luego de este parámetro con el fin de tomar distancia y establecer nuestra posición respecto a este, para lo cual se recurre a otros teóricos tales como Cortázar (maestro, por lo demás, de la literatura universal), González y otros.

Palabras clave

Cuento, decálogo, leif motiv, relato, literatura fantástica

- Licenciado en Filología Española y Máster en Literatura Latinoamericana.

Profesor de la UCR y Productor Académico en la UNED.

Rec. 26-01-06 Acep. 19-04-06

Abstract

Here, the author attempts to establish the guidelines defining the preparation of the short story as a literary genre. The author bases his analysis on Horacio Quiroga and his theory on the Decalogue, which establishes the main precepts for its definition. However, our reading is later separated from this parameter in order to establish our own perception. In order to do so, we referred to other theoreticians such as Cortázar (master of universal literature) and González.

Keywords

Short story, Decalogue, Leif motiv, Narration, Fantastic literature

El cuento en Quiroga puede definirse como una "producción concienzuda" que tiene como asidero su famoso Decálogo del perfecto cuentista, como la forma canónica de elaboración de texto; en otras palabras, la literatura (el cuento) se debe asumir como un recetario que debe ser seguido al pie de la letra con el fin de alcanzar el mejor resultado. Dentro de su concepción, el cuento debe ser una especie de obra de arte a la cual debe intentar arribar el escritor. Ningún relato, afirma, debe irse manifestando a partir de la casualidad sino que este debe estar plenamente prefigurado en la mente del escritor. El cuento no debe ser una historia que se escriba sola, sino que la primera palabra debe estar

funcionando en relación con la última. De tal manera, en el cuento nada debe quedar al azar.

El mismo Quiroga define al cuentista como aquel que sabe contar, es decir, aquel que es capaz de interesar al lector o al escucha de tal manera que, sea cual sea la historia, atrapa la atención e interesa.

Esta relación entre cuento y cuentista no debe ser tomada de forma inocente, pues para la concepción quiroguiana ambos son elementos inseparables, que deben ser tomados de modo complementario. Todo cuentista debe apoyarse en los lineamientos de Quiroga para convertirse en un escritor consumado, es decir, en un "perfecto cuentista", lo cual implica toda la carga subjetiva que le confiere este escritor uruguayo al arrogarse la misión de definir lo que debe o no ser un buen cuento o uno malo. La envergadura que como dios asume Quiroga, no lo hace escapar, sin embargo, en varios de sus relatos, de una elaboración no siempre bien lograda ni tampoco acorde con los mismos principios que postula, por lo cual su teoría acerca de la elaboración de los relatos permanece más en el plano de lo teórico que de lo práctico y ello redundará más en una disquisición que en una puesta en práctica, pues en ocasiones este

mismo se convierte en víctima de sus planteamientos, pues no todos sus relatos están bien logrados, y en algunos de ellos los finales, los inicios, los desarrollos, la elaboración de personajes o de acciones no está bien logrados, por lo que termina en un discurso teórico sin arraigo en la práctica.

Este escritor define tres cualidades básicas o primordiales que todo buen cuentista debe poseer: "...sentir con intensidad, atraer la atención y comunicar con energía los sentimientos..."(Etcheverry, 1957:); tales rasgos son, por lo tanto, los elementos necesarios que permiten a un relato alcanzar la intensidad necesaria para lograr su efecto.

Quiroga reafirma el juicio de que el cuentista nace y se hace: este es poseedor de cualidades innatas y habilidades que con el tiempo es capaz de mejorar. La brevedad de cada cuento es precisamente el elemento que permite sostener la atención requerida para capturar al lector o al oyente, en caso de un relato oral, señala; esta brevedad, por lo demás, debe ser propia también del cuento escrito.

Este escritor uruguayo experimenta tanto en cuento como en novela, y si bien no todos sus cuentos alcanzan la misma calidad

de acuerdo con los juicios de la crítica tradicional, es como cuentista como logra la mayor parte de sus reconocimientos como escritor, al tiempo que su producción novelesca no pasa de ser modesta y limitada. El mismo señala que el cuentista tiene la capacidad de sugerir más de lo que dice, lo cual es plenamente palpable en algunos de sus relatos. Es allí donde juega un papel fundamental el carácter sintético del relato, cualidad que no posee la novela.

El cuento en este escritor, y en términos mayoritariamente establecidos por la crítica literaria, es un género en el cual las acciones, provistas de gran intensidad, con uso de pocos personajes, y de carácter breve, presenta un determinado acontecimiento, que puede ser más o menos efectista. En el caso de los cuentos quiroguianos, lo fantástico adquiere una importancia fundamental, pues a partir de la presencia de este elemento, sus relatos adquieren una significación determinada. No debe olvidarse que el cuento en sí carece de moraleja, y no necesariamente la procura, por lo cual el lector recibe e interpreta éste sin "suavizar". Ello permite entonces ligar al cuento con una producción que por su particularidad misma no persigue el entretenimiento ni la diversión como fin establecido, sino más bien presen-

tar una acción que reviste un interés fundamental: atrapar al lector en acontecimientos más o menos gratos, fundarlo como un ente activo que se fusiona con los personajes y produzca -y se produzca- con ellos. El cuento, en definitiva, es una acción que tiene como base la letra, que funciona como red y obliga, al lector-personaje capturado, a penetrar (se) en la historia y erigirse en una función paralela de lector y personaje. El cuento obliga, seduce y conduce; el lector, al interpretar, se deja conducir. En Quiroga el cuento incorpora al lector, y lo asimila a un mundo en el que el dolor, la impotencia y el fracaso asumen también una función de personajes recurrentes. El cuento se manifiesta como el escenario en el cual el hombre (como personajes textual) se muestra tal como es: débil y salvaje, víctima y victimario, carente de valores que le permitan sobreponerse a la crueldad de una naturaleza despiadada y de otros hombres devoradores y sin piedad.

El cuento, como tal, persigue efectos preconcebidos que intentan producir un efecto cautivante en el lector. La ambientación debe estar en concordancia con los hechos que se desarrollan textualmente, incluso con el lector que, como ya se ha dicho, debe ayudar a producir el texto, no solo mediante

la lectura, sino mediante la interpretación misma; ello sin expresar abiertamente la complicidad que el estado de ánimo del lector implica para la asimilación del efecto. El cuento remite a un entorno que lo produce, lo condiciona y lo permea, y se torna como materia prima que posibilita el texto. Es allí donde lo fantástico pasa a formar parte vital de cada relato, pues cruza al cuento y le confiere una significación que el lector le brinda al entrar en contacto con él. Lo fantástico posibilita el significado y significa por sí mismo.

El relato comporta, además, una cualidad que le es innegable: la capacidad de producir tensión, de ahogar al lector, y no dejarlo respirar. Las posibles interpretaciones que éste genere exaltan también su valor como tal. Ello se ha de palpar claramente en "El almohadón de plumas". El cuento, tal como se lo ha entendido en términos generales, implica una necesaria brevedad que lo separa de la novela, que puede poseer una extensión ilimitada. A diferencia de aquella, este debe ser condensado, evitar los rodeos innecesarios y desembocar en el punto álgido de su desarrollo sin grandes preámbulos. La manera en que tal escritura se realice, es lo que dará el éxito o el fracaso al relato. Para el mismo Quiroga, y de acuerdo con lo que se despren-

de de su decálogo, el texto es un cuento en el cual debe haber intensidad, concisión, energía, capacidad sintética y un alto grado de tensión a lo largo de su desarrollo. Su "inspiración" de cuentos en que lo escabroso, la impotencia del ser humano lo lleva, ante la enajenación, a actos de violencia sumamente marcados, está dada a partir de su maestro: Edgar Allan Poe, otro de los productores de relatos en los cuales la intensidad es el eje fundamental en la concepción escritural del texto.

Señala Julio Cortázar en el artículo "Algunos aspectos del cuento", en *Obra crítica* (tomo 2) que, en un cuento de calidad, se escoge o limita una imagen o un acontecimiento:

...que sean significativos, que no solamente valgan por sí mismos sino que sean capaces de actuar en el espectador o en el lector como una especie de apertura..." (Cortázar, 1994:371).

lo cual no escapa de la concepción que se maneja en los relatos de Quiroga en los cuales un determinado suceso se erige como el eje básico en torno al cual se desarrollan los acontecimientos. Indica Cortázar que el cuento debe ser incisivo, punzante, no debe dar descanso al lector. Debe, por lo

tanto, atrapar a este, ahogarlo en el mejor sentido de la palabra, pues sus hechos están condensados. La tensión que este logre provocar en el lector es su principal característica, y lo que hace de él un relato que logra culminar un efecto. Si esto se logra, el cuento marcha por el camino indicado, nada importa qué tan trivial resulte el tema utilizado, señala el escritor argentino. Cuando el cuento atrapa al lector e influye de alguna forma en él, ha logrado el objetivo propuesto, es decir, se erige como un relato eficaz en tanto logre un efecto que, generalmente, corresponde al elemento fantástico como un manifestador de aquello que sobrepasa lo natural y cae en el plano de lo inexplicable. De tal manera, lo fantástico en el cuento raya en aquello que se convierte en el efecto que culmina, con una excusa de verosimilitud, lo inverosímil.

Para Quiroga, el escribir es arte y este arte solo se logra con esfuerzo y confianza, ideas que se hacen manifiestas a lo largo del Decálogo del perfecto cuentista. Así, tal concepción de "perfecto", que aplica para sus diez mandamientos define, de manera tajante, cómo se llega a ser insuperable en el arte de producir o más bien crear, tal como él mismo lo dice, cuentos.

En relación con el decálogo que enuncia este escritor uruguayo, cabe resaltar, sin embargo, que de los diez mandamientos que esboza para lograr el cuento perfecto, solo uno de ellos resume un aspecto realmente importante, pues los demás son todos prescindibles, pues nuestro interés, de acuerdo con nuestro trabajo, se centra básicamente en el último de ellos. El décimo mandamiento indica: "No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia"; el resto del mandamiento lo elidimos, en la medida en que también lo consideramos prescindible, debido a que no vamos a explotar el interés de un supuesto autor por el mundo interno que se "produce" en el nivel de los personajes, de los cuales él mismo podría ser parte como una más. Así, lo demás adviene en contradicción en el tanto en que al dejar de pensar en la opinión de los demás saldría sobrando toda la demás elaboración del decálogo, pues así bastaría únicamente con producir autocomplacencia, al margen de los demás juicios. El asumirse como uno más del texto, y elidir la idea de un lector implícito extra relato, lo limita a un ámbito muy delimitado del quehacer literario y lo ficcionaliza. Tal frase, sin embargo, la rescatamos, pues creemos que ella define, mejor que

el resto de los mandamientos o preceptos, parte del ser mismo de un cuento "logrado": el olvido del destinatario, pues el cuento es una producción que debe permanecer al margen del lector que habrá de entrar en contacto con él. La lectura que hacemos del decálogo y de este último en particular tiene su asidero fundamental en el cuestionamiento de lo señalado predominantemente en la crítica y en el abordaje que esta ha realizado de la narrativa quiroguiana. Nuestro objetivo último es separarnos de lo que ha sido casi una norma hasta el momento para intentar un nuevo enfoque. Ante ello, el relato no debe ser obligado a complacer a un potencial lector (des)conocido, pues ello lo obliga a definir cauces no escogidos por sí mismo, sino a complacer al destinatario o lector. De tal forma, el lector debe entrar en contacto luego con este para producirse mutuamente y establecer, en ese momento, una relación dialógica. Es a partir de ese momento en que se debe establecer el primer contacto entre ambos, en el cual una relación amor-odio irá dando paso al proceso de interpretación necesario para la producción mutua. El establecer destinatarios a priori obliga a implantarle horizontes al relato, es decir, delimitaciones de sentido que hacen correr el ries-

go de serias limitaciones textuales. En consecuencia, cabe valorar la posibilidad, necesaria creemos -pues en este caso no se da una excepción- de que la teoría del decálogo no responda plenamente a los lineamientos dados por Quiroga, pues este es más escritor que teórico, y sus planteamientos en el decálogo no pasan de meras indicaciones de lo que puede ser un perfecto escritor y un perfecto cuento, cuyo asidero fundamental es la experiencia de la escritura. De tal manera que sus mandamientos son una especie de receta que no pasa a más. Tal vez Quiroga en el fondo piense que no escribe bien más que aquel que esté capacitado para hacerlo. Si así fuese, su teoría ha de caer por su propio peso. La razón para realizar estos señalamientos tiene como fin el hecho de dejar en claro que ciertamente el rioplatense es más cuentista que teórico, por lo cual sus juicios no poseen un rasgo más que de opinión, de doxa, con carencia de una valoración teórica pertinente y de autoridad. El escribir un buen cuento no garantiza un adecuado manejo teórico en trono a la producción misma de lo literario. Esta es quizás la gran carencia que acompaña a este.

Para Quiroga, el escritor debe asumir la responsabilidad de hacer de su propia obra un escrito original.

Sin embargo, no omite, tal como lo dice en el Decálogo, la posibilidad de imitar si la influencia del “maestro” es sumamente fuerte, pues el logro de la personalidad no se da de la noche a la mañana, afirma.

Asimismo, señala que por lo general la tarea de elaborar un relato, en cuanto a temática se refiere, es relativamente fácil; no obstante, hay ocasiones en las cuales cuesta:

...un ojo de la cara los dos o tres datos vivos sin los cuales el relato, todo el paciente edificio levantado con mayor o menor acierto, bambolea y se desmorona como un castillo de naipes” (Etcheverry, 1957:35).

De tal manera que para Quiroga el cuento es, como él mismo señala, aquel que cuenta con los mismos elementos que el cuento oral, que expresa una historia interesante y breve que le permite al lector poner toda su atención. Así, el cuento se convierte en una expresión de fuerte tensión. Quiroga afirma que el cuento debe desposeionarse de adornos o digresiones que entorpezcan su ritmo, y que para la producción de un relato no son necesarias más de 3500 palabras, lo cual no obvia que haya excepciones que sobrepasen este límite y que se constituyan en relatos perfectamente logrados;

mas en la mayoría de los casos, quienes sobrepasan esta extensión no hacen más que producir textos rellenos que en nada contribuyen a la calidad del relato. A esto se agrega el hecho de que en la elaboración de un relato, este debe poseer las palabras que creamos necesarias y no atiborrarlo de adjetivos débiles y sin sustancia. La posesión de ideas, el tener siempre algo que decir, contribuye eficazmente al autor y al texto; la sola posesión de estilo no lo es todo, sino solamente una cualidad más, a la cual se le debe adicionar la capacidad de expresión. El gran cuentista tiene una característica que escapa del lector común o del estudiante: al escribir, sabe exactamente cuál es el adjetivo preciso que su cuento requiere, conoce los matices, las sutiles diferencias que le permitan captar el adjetivo exacto, requerido; los sinónimos no lo engañan; allí radica la diferencia. La palabra justa debe estar por encima de cualquier otra. En breves palabras, el cuento, dice Quiroga, debe poseer soltura, energía y brevedad, además de sobriedad y concisión. Estas son características que definen a los grandes cuentistas y a los grandes relatos. En resumidas cuentas, dice que el cuento corto es el cuento de verdad.

A todo lo anterior se puede agregar que para este escritor uruguayo, aquel que escribe recurriendo a oraciones superfluas, no es un cuentista, sino alguien que pierde el tiempo y se lo hace perder al lector. La seguridad de lo que se debe decir, y hacia adónde se va, son las cualidades intrínsecas de todo buen escritor. El verdadero arte del cuento radica en cómo iniciarlo y en cómo terminarlo, de manera que resulte grato y capte, en todo momento, la atención del lector. Las frases cortas, indica, son la mejor forma de terminar los relatos, así como el "leit motiv". Para iniciarlo, sin embargo, recomienda algunas formas: los comienzos exabruptos, que le dan vigor al relato; las oraciones complementarias, ya que toman al lector por sorpresa, y lo hacen desinteresarse; el comienzo en condicional; el no inicio con diálogos, ya pasado de moda; frases como "Era una hermosa noche de primavera..." y "Había una vez...", las cuales quedan en función del resto, si este es bueno; no olvida tampoco en insistir en el uso del lugar común, el de la contraposición de adjetivos, el del folklore, el del color local, el de las ciencias técnicas, el del estilista sobrio, etc., que pueden utilizarse para elaborar un relato.

Cualquier situación le permite al escritor construir su relato, reafir-

ma el propio Quiroga. Los grandes maestros, señala, han construido cuentos o relatos inmortales a partir de simples estados de ánimo.

La lectura de maestros de la literatura universal: Poe, Lugones, Dostoievsky enriquecen y delimitan su estilo: El cuento corto que tanto propugna, de una sola acción y un inicio que prepara el final, son elementos muy propios de sí.

Jézer González, en el artículo "Teoría y práctica del cuento en Hispanoamérica" señala en Quiroga las oposiciones locura-cordura, lucidez-delirio, normalidad-anormalidad, es decir, una serie de contrarios que guían la acción y permiten mantener el suspenso; a lo cual se unen el fracaso, el terror y la derrota que sufren los personajes en general y que simbolizan la impotencia del hombre ante el mundo. Nosotros señalaríamos una oposición más, la cual está directamente ligada con nuestro objeto de estudio, y que tiene que ver con el posicionamiento que asumen los personajes y que les permite definirse como hombres o mujeres al margen del aspecto biológico que recubre y descubre a cada uno.

Así, todo lo señalado anteriormente permite afirmar, entonces, que

el cuento en Quiroga, y en general, es un escrito breve en el que la mínima cantidad de elementos se constituyen en su emblema fundamental y en el que, como en la literatura en general, la capacidad de interpretación se da en el momento en que este y el lector entran en contacto, sin tener que definir antes una relación obligada de comunicación, esto es, que entre uno y otro no se ha dado una relación a priori que obligue a establecer direcciones de sentido antes del encuentro. Con esto lo que se pretende señalar es el hecho de que se interpreta a partir del momento en que se entra en contacto con el relato. Tal lectura implica, por lo demás, la producción de otro texto que no es más que la visión permeada por los intertextos que “maneja” el lector. De tal manera que el relato se fundamenta en esa capacidad ahorrativa y productiva que todo cuento debe tener, y que en autores como Poe, Quiroga y Salazar Herrera, entre otros, se da de forma clara. De tal forma, como señala Julio Cortázar en el texto “Del cuento breve y sus alrededores”: “...lo siempre asombroso de los cuentos contra el reloj está en que potencian vertiginosamente un mínimo de elementos, probando que ciertas situaciones o terrenos narrativos privilegiados pueden traducirse en un relato de

proyecciones tan vastas como la más elaborada de las nouvelles.” (Cortázar, 1988: 105). El propio Cortázar señala que, al elaborar un cuento, intenta que este se produzca de alguna forma por sí mismo, en la medida en que el lector, al entrar en contacto con éste, tenga la sensación de que lo que lee se ha autoengendrado, sin necesidad de un demiurgo. El cuento debe ser, indica el mismo escritor argentino, una especie de criatura rechazada por el escritor, la cual da paso a una acción exorcisadora, separadora, que liberta y da independencia a uno y otro. El cuento es una acción neurótica, de la que solo se puede liberar llevándola a la escritura, apunta Cortázar. El cuento, por lo tanto, es un acto de liberación, y el cuento fantástico, principalmente, es aquel transido de tal neurosis. El cuento bien logrado, el gran cuento, es aquel que ha permitido tal acto liberador; los que carecen de esto son solo producciones de oficio, apunta Cortázar. La catarsis es imprescindible, productora irremplazable del acto de escritura. Así, el texto bien logrado surge de un lugar ominoso, en el que las ideas revolotean ansiosas, y que al salir hallan en el lector un potencial enamorado, con el cual establece una aventura amorosa que absorbe a este, lo enajena en el transcurso de la lectura y solo

le permite "regresar" exhausto, sin fuerzas, al intentar nuevamente comunicarse con el entorno. El autor de *Rayuela* recalca que la escritura de un cuento absorbe de tal manera que la angustia, la alegría, el estado de ánimo, en definitiva, que gobierna a los personajes, es el mismo que ha de sufrir quien escribe en ese momento. El cuento exige, según Cortázar, una plena identificación del escritor y los personajes o acontecimiento, una penetración a un estado de trance en el cual ambos parecen ser uno solo y el entorno queda de lado. En definitiva, el cuento o relato es una manifestación independiente del escritor, el cual es solo un medio para la expresión de aquel. Cortázar apunta las características primordiales que todo buen cuento debe tener:

...la tensión, el ritmo, la pulsación interna, lo imprevisto dentro de parámetros previstos, esa libertad fatal que no admite alteraciones sin una pérdida irrestañable. Los cuentos de esta especie se incorporan como cicatrices indelebles a todo lector que los merezca: son criaturas vivientes, organismos completos, ciclos cerrados y respiran (Cortázar, 1988:113).

Algunos, tales como Abelardo Castillo en la "Introducción"

a "Todos los cuentos" (Quiroga, 1993) señalan que Horacio Quiroga fue el inventor del cuento en Latinoamérica al hacer lo que Poe había efectuado anteriormente. Ello, indica Castillo, le permitió sistematizar el cuento y darle la categoría de género literario, lo cual se convierte en su invaluable aporte a la producción de este tipo a nuestras letras. Así, detrás de su producción, pugnan por salir sus grandes temáticas: el horror y la muerte como fantasmas que se yerguen de manera permanente, y en los cuales la selva, el hombre y los animales se anudan en ocasiones de forma casi indivisible, haciendo, de la gran mayoría de los relatos, un mundo en el cual el dolor y la debilidad del hombre se concatenan de manera indisoluble.

El propio Quiroga señala no solo la importancia de la brevedad del relato, sino su concepción acerca de la importancia de escribir con un objetivo claro y una meta delimitada acerca del contenido mismo del cuento. La inspiración pasa a un segundo plano, para dar paso a la producción, a la capacidad del escritor de elaborar los mundos textuales, ya preconcebidos. Asimismo, apunta que cada relato debe tener prefijado lo que ha de contener, pues todo término debe poseer una función específica en él, es decir, no deben mani-

festarse al azar, no deben sobrar calificativos, ni deben presentarse términos desligados del resto; en resumen, para Quiroga, el relato parece ser una maquinaria perfectamente estructurada, en la cual no sobran ni faltan piezas. De esta manera, se presenta la elaboración literaria como una producción más que como una creación.

De acuerdo con lo anterior, este uruguayo en "Todos los cuentos", de 1993, define este como una historia capaz de atrapar al lector gracias a su brevedad y a su interés:

El cuento literario (...) consta de los mismos elementos sucintos que el cuento oral, y es como este el relato de una historia bastante interesante y suficientemente breve para que absorba toda nuestra atención.

Pero no es indispensable, adviértenos la retórica, que el tema a contar constituya una historia con principio, medio y fin. Una escena trunca, un incidente, una simple situación elemental, moral o espiritual, poseen elementos de sobra para realizar con ellos un cuento.

Tal vez en ciertas épocas la historia total -lo que podríamos llamar argumento- fue inherente al cuento mismo.

"¡Pobre argumento! -decíase-. ¡Pobre cuento!" Más tarde, con la historia breve, enérgica y aguda de un simple estado de ánimo, los grandes maestros del género han creado relatos inmortales.

En la extensión sin límites del tema y del procedimiento en el cuento, dos calidades se han exigido siempre: en el, el poder de transmitir vivamente y sin demora sus impresiones; y en la obra, la soltura, la energía y la brevedad del relato, que la definen.

Tan específicas son estas cualidades, que desde las remotas edades del hombre, y a través de las más hondas convulsiones literarias, el concepto del cuento no ha variado. Cuando el de los otros géneros sufría según las modas del momento, el cuento permaneció firme en su esencia integral. Y mientras la lengua humana sea nuestro preferido vehículo de expresión, el hombre contará siempre, por ser el cuento la forma natural, normal e irremplazable de contar.

Extendido hasta la novela, el relato puede sufrir en su estructura. Constrañido en su enérgica brevedad, el cuento es y no puede ser otra

cosa que lo que todos, cultos e ignorantes, entendemos por tal" (Quiroga, 1993:1195, 1196).

De este señalamiento, extraído de uno de los textos teóricos de Quiroga, "La retórica del cuento", se asume una postura totalmente clara acerca de la concepción que este escritor posee del cuento. Es así como las cualidades prioritarias que este encuentra en un relato y que deben cumplirse plenamente para hacer de un texto de este carácter una producción totalmente lograda, corresponden a la brevedad y a la capacidad de capturar al lector en esa historia, casi sumiéndolo en ella. Así, señalará más adelante en ese mismo artículo, que los grandes maestros de la narración corta han sido aquellos que han logrado conjugar estas características de manera indisoluble y perfecta.

De tal manera, el cuento debe ser, según su criterio, una estructura perfecta en la cual los términos de más no hacen sino opacar su claridad, su perfección y lo anulan como tal. Acude a la metáfora del arco en el cual el cuento es la flecha que debe partir directamente a su destino sin desviaciones de tipo alguno, y sin dejarse adornar por mariposas que puedan estropear su vuelo en un intento vano de realzar la majestad de este.

El cuento cumple así su función, prescindiendo de adornos innecesarios.

Es esa su concepción simplificada del quehacer literario, del hacedor del cuento "perfecto" según su teoría, a pesar de que en algunos de los relatos de la producción quiroguiana se halla un desfase evidente de la perfección planteada y el producto literario.

Bibliografía

- Arrieta, Rafael Alberto (1961). *Introducción al modernismo literario*. Segunda edición. Editorial Columba. Buenos Aires.
- Borges *et al.* (1985). *Literatura fantástica*. Ediciones Siruela. Madrid.
- Bratosevich, Nicolás (1983). *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*. Editorial Gredos, S.A. Madrid, España.
- Cortázar, Julio (1994). *Obra crítica* (tomo 3). Editorial Alfaguara. Madrid.
- Etcheverry, José Enrique (1957). *Horacio Quiroga y la creación artística*.
- Jitrik, Noé (1967). *Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo*. Arca Editorial. Montevideo, Uruguay.
- Leante, César (1987). "Un cuento perfecto", en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Número 443, Madrid.
- Meléndez, Concha (1985). *Cuentos hispanoamericanos*. Editorial Orión. Méjico.
- Quiroga, Horacio (1993). *Todos los cuentos*. Colección *Archivo*. España.
- Anaconda (1942). Ediciones Anaconda. Buenos Aires, Argentina.